

Aurora Venturini  
NOSOTROS,  
LOS CASERTA

*colección andanzas*



TUSQUETS  
EDITORES

AURORA VENTURINI  
NOSOTROS, LOS CASERTA

TUSQUETS  
EDITORES

1.ª edición: enero de 2022

© Liliana Viola, heredera de Aurora Venturini, 1989  
c/o Agencia Literaria CBQ

Del prólogo: © Claudia Piñeiro, 2021  
De la nota preliminar: © María Paula Salerno, 2021

Diseño de la colección: Guillemot-Navares  
Reservados todos los derechos de esta edición para  
Tusquets Editores, S.A. – Avda. Diagonal, 662-664 – 08034 Barcelona  
[www.tusquetseditores.com](http://www.tusquetseditores.com)  
ISBN: 978-84-9066-713-2  
Depósito legal: B. 270-2022  
Fotocomposición: Realización Tusquets Editores  
Impresión y encuadernación: Black Print CPI  
Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación total o parcial de esta obra sin el permiso escrito de los titulares de los derechos de explotación.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

## Índice

Prólogo: «Cofradía Venturini», por Claudia Piñeiro .....	9
Nota preliminar, por María Paula Salerno .....	17
Nosotros, los Caserta	
La foto .....	25
El informe .....	67
El concurso .....	89
El departamento .....	105
Revelación .....	113
La estirpe .....	119
El camafeo .....	125
Planes interrumpidos .....	129
La servilleta.....	133
Chile que ríe .....	145
Isla de Pascua .....	151

Vuelta a casa .....	155
Iniciación parisina .....	159
Sabine y Jules .....	171
Otro regreso .....	177
La invasión .....	181
París que me llama .....	185
Roma .....	189
Caserta .....	193
Los ancestros .....	201
En familia .....	207
Ángel, Angelina .....	213
Ulises .....	219
Botella al mar .....	221
Alacrán .....	225
Otra vez y otra vez regresar .....	235

Nosotros, los Caserta

## La foto

En la sala de espera de una clínica platense volví a ver la cabeza de Luis, cachado capitel, siniestramente puesto entre los hombros de su segunda esposa. Ahora sé que lo perdí para siempre y por toda la eternidad entiendo que jamás sentiré su contacto, tan dulce y tan mío entonces, porque su segundo matrimonio debió de ser una feliz unión, y por eso ella pudo salvar su cabeza de la muerte, salvar la expresión del único humano que amé como pareja normal. Porque también he amado apasionadamente a mi tía abuela.

Durante largas noches invernales me abrigaba a mí misma abrazándome. Imaginaba el amoroso reencuentro en la penumbra lila azul, tonalidad en la que se mueven los fieles difuntos. Ahora sé que la está esperando sólo a ella tal vez para que le devuelva su cabeza. Mi mamá opinaba que los matrimonios muy unidos y armónicos, en la vejez, parecen hermanos. No

fue su caso, porque mi mamá tenía cierta semejanza con el señor Roux. Pero esta es otra historia.

Ante la viuda de Luis, a pesar de que nada ni nadie puede rasgarme, quebrarme o mutilarme, porque todo eso ya me ocurrió, experimento espantosa sensación de terror. Y la amenaza de un desarraigo total, final y horrendo me abate hasta derramar ríos de llanto en la Laguna Estigia luego de dar las consabidas siete vueltas alrededor del Infierno para caer en el desván del más allá. Y envidio a esa mujer. Envidio su viudez. Qué no daría por ser la viuda de Luis, yo, que nunca fui nada de nadie.

Golpes y porrazos me han convertido en un remedo de mi tía abuela, y acaso la enanita me esté esperando parada a la puerta del misterioso arcano haciendo señas para que entremos juntas. Subo a mi desván renqueando. El asqueroso bicho en que me he convertido revisa un antañoso arcón de papeles y fotografías, de informes de maestra y psicóloga, solicitados por mi padre, preocupado por develar el porqué del monstruo que había engendrado, para sacar en conclusión si fue su culpa o la consecuencia de alguna herencia morbosa por línea materna.

Puedo entrar y hasta perderme en el cofre, junto con mi alma de anciana-enana-prustiana, que solo a esto llegué después de todo.

Está de más, pero repito que soy una mujer metida en un cofre de cartas, fotos, informes, tarjetas y papeles



amarillos. Salta de ahí una niñita vestida de organdí: mi foto de los cuatro años cronológicos. También salta «La alegoría de la melancolía» de Durero. Estuvo en un marco del cual la saqué para guardarla en el cofre.

Luego describiré a la niñita vestida de organdí, pero antes lo haré con mi actual foto anímica, porque soy «La alegoría de la melancolía» de Alberto Durero, y mi recinto es el mismo entorno del personaje.

En mi desván de la casa quinta están todos los objetos del exilio, rodeándome, mientras apoyo mi cabeza ardiente y palúdica en mi mano izquierda, en la derecha sostengo un compás de inútil espera. Están aquí la escalera que a nada conduce, el amorcillo detenido en la oxidada rueda, rota la campana, los relojes sin música, desequilibrada la balanza, el perro fármico. Solo faltan los signos que Durero agregó al grabado y que son de esperanza, la estrella del fondo, y ese sello de dieciséis números que suman treinta y cuatro en cualquier dirección, asegurando hasta solución a cualquier problema.

La niñita.

Sostiene un canastito de mimbre con rosas de papel. Esa nena es la difunta de mí, el duende del huracán hemisferio de mis penas futuras, que mete la mano y hasta el bracito en arcones de otoño y de inevitable invernada.

Había comenzado mi temporada en el Infierno cuatro años antes de esta fotografía: el día en que nació.

Nena testigo, gusano en su capullo deshilándose y volviendo a encapullar para que el pergenio pueda latir, salir y proyectarse, a veces apacible, otras compulsivo, siempre audaz.

Miro la foto y puedo ver a mi madre el día que me llevó a que la tomaran.

Era un atardecer caliente de verano y llovía. Desapacible cielo entoldaba la ciudad de gris chapa, cinc ácido, ceniciento. Transpirábamos las dos, las frentes perladas de sudor molesto, cuando nos sentamos en la banqueta de cuero verde del coche tirado por un caballo oscuro. Miro los zapatitos, en la foto, rojos con presilla. Se mojaron y quise secarlos con mi pañuelito fino y mamá me dio un coscorrón. Veo la cadenita de oro con el medallón de camafeo alpino que se enredó en la carterita de hilo de plata. Di un tirón y mamá volvió a pegarme.

Siento la tersura del cuero verde de la banqueta, el trac-trac de los cascos en el empedrado, los goterones infiltrados por alguna rasgadura de la capota, mi deseo ardiente de hablar con ella que se mantenía estática como cariátide en el Erecteo, el estornudo provocado por la gota continua sobre mi cabeza, imposible de esquivar porque mi mamá no me dejaba mover. Viene el estornudo. «Cataplasma... Usted se va a resfriar de nuevo.»

El perfil clásico de mi madre, esbozado por la perfección de su frente y barbilla, corrompióse en un vio-

lento respingo nasal, tendría unos veinticinco años, pero yo me preguntaba cómo habría sido en su juventud.

En realidad, ella fue joven una sola vez en la vida, y yo agosté de un golpe esa novedad. Cuando fruncía el ceño, las arrugas rielaban la llanura, rieles por donde corría el tren de preocupaciones, donde viajaba yo, causa de que los surcos denigraran hora por hora su belleza hasta espantarla como una mariposa de alfalfar castigado por el pampero.

Su adorada era Lula, su hija menor. La rubia gordita, dulce beba a quien protegió toda la vida, a quien maltraté cuanto pude. Y mi madre cantaba para su muñeca de tersa carnadura, María Salomé, Lulita; hasta esos nombres me robaron, encasquetándome a modo de chambergo ridículo, María Micaela, que supo en mi edad elemental a gusto ácido. Primogénita, debí lucir los nombres de mi madre que ella retuvo para regalárselos a la segundona. Para colmo de mis males, yo no era bonita.

... Soy rebelde y mamá me pega, pero yo le doy más fuerte sin levantar un solo dedito. El pimpollo en los brazos protectores, y yo inventando enfermedades para caber en un marco del que ya me habían exiliado.

Igual simulaba; o acaso eran dolores del alma que se traducen en mentirosas quejas: «Me duele la cabeza» o «Tengo fríos los pies».

Todo ello sin éxito; mamá bruja intuitiva descubría el embuste, y una maldita y nerviosa carcajada, que

aún en ocasiones difíciles me ataca, sacudía mi cuerpo, como si riera con la garganta de diez mujeres.

Vuelvo a la foto, viajo en aquel coche. Descendemos y ya en la sala del fotógrafo me ubican junto a una mesita sobre la que está la canasta. «Haga como que toma una flor», indica el hombre, suplica: «Sonría». Nada consigue. Mi brazo pende a lo largo del cuerpo como ramita de sauce llorón y la sonrisa no me es posible. Máscara de tragedia, hago un rictus y dibujo un puchero. Los ojos de mi madre tienen un brillo espantoso cuando asegura que la foto será un fracaso.

El fotógrafo, amable, arregla un plieguecito de mi vestido y dice: «Mire, nenita, ya sale el pajarito». Me tiento y sale la risotada; la escena me resulta estúpida.

Mi madre amenaza: «Cuando volvamos a casa se lo contaré a su padre». Resignada, dice al hombre: «Haga lo que pueda con esta cataplasma».

Mamá sabe que nunca podrá dominarme, sabe que sin decir una sola palabra considero el acto de la fotografía una bobada, que leo y escribo a pesar de mi corta edad, que voy leyendo carteles y números por la calle desde los tres años, sin necesidad de maestros; que a ellos, los mayores, los encasillo de acuerdo a mi parecer, me burlo, los detesto. Sabe que estoy en un nivel muy superior a todos los chicos de mi edad, que ha engendrado su desgracia y la de su hija predilecta. Me teme y yo lo sé.

Ya no llovía cuando dejamos la sala oscura. Caía a raudales el oro del sol recalentando las flores disciplinadas de la plaza San Martín, los tilos, las magnolias.

Redora ese sol la seda del vestido de mi madre que es castaño con motitas pintadas, plisado en la pollera. Marrones son sus botines de tacón empinado, y empinada arriba, la capelina italiana, que no opaca la tez mate de criolla distinguida. Lleva una cartera suave, de ante, suave como la piel de Lula. Lo feo, lo único feo es lo que arrastra, Chela, María Micaela Stradolini su primogénita flaca y morena, puro ojos.

En las confiterías, los chicos libres bebían y sorbían cremas heladas, cucuruchos de chocolate, de frutas rojas y rosadas. Nadie los vigilaba, y ellos, en los mostradores, se afirmaban como enanos de arbitrio propio, mientras yo colgaba de la mano materna como un títere furioso. Hubiera dado el alma por un helado sorbido en libertad, pero ella entró en la confitería La Perla a tomar su té con masitas. Odio el té con masas.

Desde la vereda, como gorjeo, oigo la algarabía dichosa de los emancipados. En los copos policolores quedó presa mi imaginación mientras el mozo servía lo ordenado sobre el mantel, donde yo leía, estampado, el nombre de la confitería.

Después, leía las etiquetas de los frascos, de las cajas de los estantes, las marcas de los productos dulces. Mi madre enardecía de ira.

Tetera y jarra de metal humearon, las masas en el platillo azucaraban y almibaraban el ambiente.

Haciéndome la estúpida seguía leyendo rótulos, forma de demostrar rechazo al convite. Ella leyó mi pensamiento: «Los helados empeoran su bronquitis».

Mis bronquios parecían motores en arranque, pero un helado, qué mal podía ocasionar a un mal ya crónico. Mamá sirvió: «Vamos, coma».

Ella sorbía la delicia de los ingleses que siempre me pareció sosa.

En el agua sólida del brillante de su anular navegaron mis ojos de gaviota sola, en medio de un mar avaro y enemigo, aguas negras de mar adentro, las cuentas azabache de su collar de dos vueltas, de sus colgantes de oro.

Madre, ¿por qué no me quisiste un poco?

Señaló la tacita: «Se enfría su té».

Rendida fumarola ya no ascendía de la concavidad de la loza, vencida por mi tozudez. Hice dos buches como cuando higienizaba mis dientes y tragué el líquido repugnante. Ella comía las masitas de crema, las palmeras retorcidas y crocantes, mientras música de azúcar acaramelaba el aire, sonaja de mi infancia, «La violetera», reminiscencia de Charles Chaplin, y las tímidas flores danzaban con piernecillas entre azul y solferino, trepando a un cielo raso de fin de siglo, columnetas gráciles, barroquismo inocente, ingenuidad de capiteles redondos y rosaleda de miel.

1925, todavía edénico en la ciudad de La Plata, capital de la provincia de Buenos Aires. Habíamos viajado desde nuestro campo aledaño solo para tomar la foto y mandarla a Italia a la tía Angelina, parienta paterna. Tiempos bellos a pesar de las amarguras que me causaban las gentes de la casa.

Debajo de la mesita bailaban mis piernas, tontas como las de Chaplin, desmañada danza, que de ser en público haría reír a los parroquianos, tanto como la que bailaba el desdichado Carlitos calzado con sus zapatones trágicos que le ayudaban a huir por los largos caminos después de hacer el ridículo ante la comparsa.

Yo sufría en el cinematógrafo viendo sus películas. Era una chica chaplinesca, burda y cómica. A los cuatro años decidí que el actor era mi hermano espiritual.

Todavía me duelen hoy los diálogos a fuerza de mímica, los sentimientos y lances amorosos expresados a pura pestaña escintilante y cejas heridas; la pena del bigotito como chocolatín adherido al labio superior, la aristocracia del bufo que mejor que Hamlet enseña el descarnado de la calavera. La familia comentaba mis largas extremidades de charabón, los pies grandes que me pesaban tanto como a Chaplin deberían pesarle sus zapatones.

Mamá seguía imperturbable —toda bronca adentro— observando mi falta de apetito y mi glotonería de uñas. «Cochina... Eso sí le gusta... Le voy a poner

caca en las uñas, así le gustarán más». Sabía disimular. Unos señores la piropearon: «Qué muñeca». Ella se ruborizó apenitas. Los tipos habrán pensado que «muñeca» me diría: «Coma, hijita, están riquísimas las masas de crema».

Y empezó a enguantarse. Manos de concertista de piano fracasada por casarse antes que su hermana menor; siempre quiso ganar. Perdió siempre.

«Ya verá, ni bien lleguemos le contaré a su padre los papelones que me ha hecho hacer durante toda la tarde.»  
¿Qué papelones?

Tentación de risa en la sala del fotógrafo donde me quedé dura como un sable y juzgué estúpida la promesa del famoso pajarito, leer y releer cosas escritas que para eso eran, naturalmente.

Mamá pronto engordaría. Su embarazo acabaría con los vestidos ajustados como fundas, las polleras entubadas, plisadas, los empinamientos en tacones Luis XV.

Yo ya sabía de dónde salían los chicos, y lo demás, aunque no con lujo de detalles, lo deducía razonando. Mi madre creía llevar a su lado un monstruo.

«Chela es una peste», mis dos abuelas están de acuerdo en eso por lo menos.

Discuten:

—Lula es bonita como la madre.



—No, sale a los Stradolini.

Se disputan, las viejas, una belleza normal, una beba armoniosa y dócil.

Mis apodos: «Tero y narigona».

Yo les grito: «Viejas de mierda».

Deseo que mi futuro hermano sea horrible. Tal vez fuera una hermana. No. Sé que es un varón horrible.

«Lula no da trabajo, come como una señorita».

Y no dicen nada de mí y es peor que si gritaran odiosa, rebelde, apestosa.

Pasan por alto cualquier calificativo y la indiferencia me duele como si no hubiera nacido. Hasta la quinta, dos horas de viaje en coche, y el miedo: «Le contaré a su padre».

A Lula le he puesto hormigas en los pañales, mamá atribuyó la invasión a un descuido de la muchacha. Le he puesto figuras de animales feos sobre su tul del mosquitero: reptiles, hipopótamos, manadas de seres antediluvianos, de las hojas brillantes y coloreadas de *Caras y Caretas*. Lloro cuando la pellizco, o aguanta la picadura de avispa simulando dormir. La odio. Le llevo dos años a mi hermana y estoy elaborando obstinadamente otra enemiga.

Aunque la noche es cálida siento frío. Es el frío que superé una sola vez en toda mi vida. Siento dolor de pecho. Es el dolor que superé una sola vez en mi vida igualmente. Chirría el portón de hierro y empezamos a ingresar al territorio de la amargura.

Mi padre, como siempre, lee en su escritorio mientras fuma su pipa de espuma, tan livianita. Acaban de distinguirlo con un cargo, sus correligionarios. «Tal vez esté de buen humor», me dije. Mamá lo besa al pasar. La boba de Lula: «Mami... mami».

—Chela me hizo pasar toda clase de papelones.

—Vaya a su cuarto sin cenar.

No hay ni un reto para mí. Me arrojo en la cama y lloro, por mi papá he llorado mucho. Nunca por ella. Mojo la almohada con lágrimas de rabia, quiero morir.

Durante la mañana me inventaba ocupaciones, apoyaba mis ensueños en los objetos, imaginaba personajes, siendo la protagonista de mil hazañas. Mi psiquis y mi soma, ambas entidades integradas en armonía se desplazaban en paisajes idílicos, un poco ciertos, un poco creados. No me gustaban las tareas domésticas. Bueno, sí, qué placer lavar la vajilla fina y los chiches de la vitrina de mamá. Disponía en una gran palangana gran cantidad de jabón, un verdadero carámbano de nieve jabonosa, y con un trapito limpiaba piezas delicadamente talladas, obritas de arte en loza, cristal de Murano, porcelana de Austria, Alemania y Francia. Mi madre adoraba esos recuerdos. Se aferraba a esos muertos universos de orfebrería para evadirse de su mundo doméstico de pianista fracasada. Yo higienizaba las lozas inglesas, los bonzos orientales, las irisadas siluetas venecianas, tan misteriosas con

sus puntitos de oro infiltrados, las góndolas navegadoras del Lido sobre el Adriático. Y en la gran palanquilla espumosa subían hasta el borde los paisajes bajo mi mando de fregatriz.

«Cuidado, son recuerdos... No sé por qué se mete a hacer esto», solloza mi madre.

Yo proseguía con mi trapito repasando las tallas, los cintarajos, las diminutas firmas que autenticaban tal o cual procedencia, las viejas fechas. Y repasaba, después de haber jabonado a fondo, vasos, botijillas, ánforas, botellones napolitanos para vino cuya sangre de joyería circuló viva aun después del vaciamiento como huella de un gusanito de luz. Mientras ejercía el trabajo elegido por propia voluntad, imaginaba Europa y Asia, transportaba los continentes al aire agreste de la quinta. Mi capacidad intelectual ya me permitía leer Historia del Arte, Europa ya era mi meta. La vigilante suplicaba: «Cuidado, son recuerdos».

Yo, a propósito, chocaba algún borde o con meditada imprecisión colocaba una copa que tintineaba en equilibrio por falta de base, y cuando iba a estrellarse la cazaba en el aire. Sufría mi madre.

Camelia Obieta, algo más que amiga de mi padre, gritaba: «¿Cómo dejás que la mocosa trajine con los objetos de la vitrina?».

Durante la tarea yo elaboraba obritas de teatro, una de ellas titulada *Falsedad* tenía por protagonista a Camelia Obieta. No podía comprender que mamá, sa-

biéndolo, lo tolerara. Opinaba: «Mamá es tan indecente como ellos», y a veces para conformarme me decía que tal vez solo yo me había dado cuenta. Con el tema «Camelia» en mente lavaba la tapa de la sope-  
ra donde un paisaje precioso mostraba el golfo de Ná-  
poles. Ahí estaban Capri, sus arbolitos ralos, el cielo  
espléndido sobre la marina, Santa Lucía y la Roca de-  
lla Madonna. De pronto estalló el Vesubio. Vi nubarrones de humo y ríos de lava que corrían y quemaban y quebraduras horripilantes en la corteza de la tierra: voló la tapa y se hizo añicos.

Desde una distante orilla oí a Las Gorgonas: «Cuando venga su padre».

Me petrifiqué. Y estaba desvalida como el héroe que perdió su escudo y su espada, de mis talones, como hojas muertas, se desprendieron dos alitas. Estaba sola a la puerta de un asilo de huérfanos, pero no lloré. Junté los fragmentos centenarios, creo que los besé. Sentí que mi pecho también se fragmentaba y tosí, mis bronquios parecían dos motores.

Como había leído aquello del banquete de los dioses, me senté a la mesa y oía a las horas abrir las puertas del miedo; doce y media; una; una y media, y así hasta las cuatro en que vendría mi padre.

Me acosté sobre la raíz de un sauce. No comí. Desde mi lugar oía la charla boba de mamá y Camelia. Tuve la indecente esperanza de que papá al ver a la mujer fatal se olvidara de mí. Lulita almorzaba en el

comedor. Yo espiaba y veía un solo plato sobre el mantelito rosa y los cubiertos de plata que fueron de mamá cuando niña, Lula usaba todo como una señorita.

En mi infancia nunca pude comer con cubiertos, comía con las manos para terminar más rápido, terminar de una vez y dedicarme a otra cosa. «Chela es un animal», opinaban y así no me ofendían. Yo quería a los animales, eso no me ofendía. Mi papá decía: «Será muy inteligente, superdotada, pero come como un cerdo».

Ahora mordía pastitos porque estaba sedienta. La barriga me picó y me levanté la camisa; descubrí manchas rojas en mi panza como si allí se hubieran ensañado las avispas. Entendí que estaba enferma y me poseyó una alegría salvaje. Al fin darían cuenta de mi existencia, de que era lo suficientemente humana como para enfermar igual a los demás chicos. La fiebre alta secó mi garganta y los ojos lagrimeaban. Me dormí pidiendo a los dioses tener viruela negra.

Mi padre llamó.

Desperté. Fui al escritorio. Mi papá fumaba y no leía; no se dignó a girar su sillón hacia mí: «Usted ha hecho un estropicio, usted ha roto una pieza de colección que mi madre, su abuela, regaló a su mamá cuando nos casamos, usted ha cometido un delito a la belleza».

Emití por respuesta un «pío» de pajarito apestado. «Cállese, usted es mala y rebelde como un demonio, no parece hija mía ni de su mamá».

Piar no es hablar.

Vinieron mi madre y Camelia y notaron mi rojez.

—¿Qué tiene esta chica que está tan colorada?

—Lo que faltaba, estoy de tres meses y si es rubeola, pobre de mí y de mi hijito...

—¿Será sarampión?

—Ya lo tuvo.

—¿Varicela?

—¡Rubeola!

—Tal vez no te contagies.

—Tendría que perder al niño.

Yo estaba desnuda como una muñeca de celuloide y ellos auscultaban mi nudismo infantil. Pensaba que se habrían vuelto locos, siendo yo la enferma, ¿por qué se preocupaban del futuro hijo?

Me confinaron al desván, junto a Sara; ahí pasé todas mis pestes. Clavé raíces en ese desván y para siempre. Por la estrecha ventanita veía el rosicler crepuscular cuyo color era el mismo de la mermelada de durazno que recomiendan a los enfermos. Mermelada compota adentro y afuera, y mis deseos constantes de vomitar. Sara trae una pelela y dice: «Vomite». Sara es negra y parece de hule, por mimetismo se pierde en la sombra de la pieza y estoy sola en el naufragio.

Sara y las paperas; Sara y el sarampión; Sara y la escarlatina; Sara y la varicela, y ahora junto a las máculas ardidas y ardorosas.

Sara y las pesadillas que convierten el piso en bar-

quilla quebradiza para helados de frutilla, o para que se asomen los espantajos embolsados que corren por el desván y se desploman sobre mi lecho, enanos macrocéfalos de puntiagudos dientes y ojos de huevo duro.

Grito.

«No se asuste, es la fiebre.»

Viene el médico: «A ver la lengüita, m'hijita...».

Y el diminutivo me emociona. Lloro. Pero el médico no lo advierte porque mi mal produce lágrimas. Pero yo sé que lloro por la novedad de una ternura.

—Un helado, doctor, un helado de frutilla...

—Sara, dele un helado grandote, le hará bien.

Sara pregunta por mi madre.

—María Salomé me preocupa, esa enfermedad al tercer mes de embarazo.

—Pobre señora.

—He aconsejado un aborto, sería lo más prudente. Pero ahora están con el cura y la Iglesia no quiere saber nada de abortos.

Desde mi cama hacía deducciones.

Sané. Como los bichos del pantano abandoné mi cubil y salí al campo.

Sara me tomó odio por lo de mamá. Antes, cuando Sara me quería un poco, yo me bañaba. Ahora eludiría esa molestia. Con el pijama adherido al cuerpo corría por el campo. Bajaba las escaleras por el pasamano como bólido. Mis trencitas desaliñadas, atadas con tiritas, danzaban en mi espalda. La salud era una

planta que hundía sus raíces en el lodo, felicidad salvaje bruñía mi cielo.

Ya los árboles frutales del azar pasaron al vero ser de la poma que atesoraba la semilla para otra estación, y los durazneros, los mandarineros de Oriente, los granados del sur de España, los parrales de uvas americanas llamadas «chinche» tan mullidas en el prieto racimo; ciruelos precoces que se derramaban en los senderos pintándolos de sangría. Hasta el próximo estallido mielero de las brevas con sus lagrimones de oro azucarado, todo eso recorría desaliñada y libre. Sucia y emporcada, gozaba ilimitada independencia. Y trepaba a los árboles de sombra, tan limpios, los sauces cuya cristalina savia es como llanto que pide un pañuelo verde para enjugarse; el recto álamo y el más recto y fino ciprés. Corría mi tierra bonaerense, alfombra quemada en espacios breves con cardones rojos y azules como gallos vegetales, la trama de florecitas nimias enredadas formando mantas provenzales junto al trebolar.

Tal mi predio edénico.

Mi bisabuelo amó el solar con pasión italiana. Era ingeniero agrónomo. Sabía mandar porque entendía la peonada.

A los árboles los plantó él mismo para que sus descendientes lo recordaran y lo imitaran.

Yo lo conocí desde un retrato al óleo que aún está en la habitación en que falleció.



Dejó un libro de memorias. No tenía muy buen concepto del campesino bonaerense. «Los criollos son soberbios y se contentan con galleta, mate, asado y vino, y les cuesta doblar el lomo», dice entre otras cosas de igual tenor. Exigía demasiado y no fue querido por sus trabajadores. Para él, el campo era un semidiós al que había que adorar y servir a toda hora, sin tener en cuenta si era noche o día.

Fue lacónico como un dorio, frugal como un estoico.

Mi padre algo heredó de este interesante sujeto, pero mi papá era cruel, y lo sé por experiencia, cruel y hostil. El padre de mi papá, mi abuelo, vivió en París toda su vida, dilapidó cuanto pudo sin llegar a fundir las arcas que llenara el tenaz inmigrante. Las mujeres de mi familia fueron viejas de miedo y prejuicio. Mis parientes maternos, sanjuaninos, solo plantaron el árbol genealógico que no sirvió para un carajo.

Transcurría el verano y yo redescubría un mundo. Objetos y sujetos se me entregaban y así captaba nuevas dimensiones. Resolví ordenar el entorno, y dar a cada objeto y a cada sujeto un lugar determinado, acorde con su importancia y sustancia. Resolví moderar mi imaginación. Razonaría con la mayor lógica posible.

Eran mis vacaciones del curso elemental, luego ingresaría a primer grado. La maestra, concedora de mi capacidad intelectual, aconsejó que ingresara a segundo para no perturbar a los otros. «Cómo va a estar en

primero donde se aprenden palotes, si lee y escribe y sabe todas las tablas».

Ese verano llegó a la quinta mi abuela sanjuanina con mi primo Arnaldo. Tan blanco, Arnaldo, se fundía en las puntillas de la vieja tanto como Sara en la oscuridad del desván. Vestía, el imbécil, pantalones de terciopelo y en uno de los bolsillos traía una gomera para tirar a los pajaritos. No bien salió al patio, amenazó al paisaje. Las aves chillaron y los perros aullaron.

Supe que seríamos enemigos eternamente. «Parece un inglesito», decía la abuela, y levantaba un poquitín de pantalón para mostrar una pierna pálida y asquerosa.

«Le hago traer las cremas de París, no me gustan los morochos y el nene puede quemarse con este sol».

De reojo, la vieja observaba mi dura piel indígena, mi descuidado pelo, las zapatillas enlodadas, mi desastrosa apariencia. Me acerqué como quien no quiere la cosa y musité al oído del chiquilín: «Mariquita».

La abuela preparó la andanada:

—A mi hija no le irá nada bien, porque la peste que usted le pegó dará sus frutos y nada buenos.

Decidí escandalizar:

—Mamá abortará.

Apresuradamente, la vieja informó al nene:

—Los niños, mi amor, vienen de París, o los encuentran sus padres dentro de repollos.

El nene:

—Me gustan más los que vienen de París.

Agregó la abuela:

—Sí, mi amor, mi cielo, los traen las cigüeñas.

Acoté:

—Vieja burra, las cigüeñas son holandesas.

Y enseguida expliqué a mi primo cómo nacían los niños y la abuela se desmayó.

Cuando cumplí dos años mi madre estaba embarazada de Lula. Entonces vino a casa una señora con una valija de cuero. Yo jugaba en el fondo con las cucharas y un pedazo de metal, haciendo que tocaba el xilofón.

Alguien me informó que mi hermanita había llegado dentro de la valija, pero yo sabía que ahí solo había instrumental quirúrgico.

Cuando Lula vio luz, recuerdo, entre las notas improvisadas del xilofón, el llanto desesperado de un ser despabilado a la fuerza, obligado a cambiar una suave serenidad por el fragor del mundo.

Ahora, después de Lula, nacería otro hermanito porque el sacerdote opinó: «La voluntad de Dios no se tuerce», y mi familia contestó: «Amén».

Con un chucho me atrapaba el complejo de culpa, y mi piel se erizaba ante el enigma de mi enfermedad y sus consecuencias para el bebé. Mi pobreza de afectos aumentó cuando cumplí cinco años. Sara me hizo a un lado. Me atendía a horario, como obligación. Los objetos de la vitrina me fueron prohibidos.

Encauzaría mi vida en otro sentido. Buscaría tesoros escondidos bajo la tierra. Leía la vida y obra de

Florentino Ameghino, y decidí imitarlo cargando un bolsón al hombro en pos de cosas extraordinarias. Sería «La loca de los huesos».

De bruces a la tierra, la rascaba haciendo pozos, y el olor que de ella emanaba, y las mil bocas que en ella se abrían engullendo materia orgánica, y devolviendo otro elemento, me aclararon el concepto de simbiosis, y me dije que nada se pierde, que todo se transforma, llegando a la conclusión de que no existe algo más despierto y ávido que la madre tierra de apariencia inerte. Mi afán de hallazgos por el momento se conformaba con piedritas de color, toscas, vidrios, raíces, insectos resecos por el sol. Oscurecida cada día más mi piel me convertí en una muñeca de terracota.

Sara dejaba cerca de mi guarida un sándwich de jamón y queso y un vaso de refresco que al entibiarse sabía a pis. A veces comía el sándwich y, en la servilleta de papel que lo envolviera, escribía indefectiblemente: «El pis es para la negra».

Mi primo comenzó las depredaciones contra fauna y flora; cazó un pichón de lechuza. La pedrada hirió al animalito en un ala y el tarado se divertía zaran-deando a la lechucita por el ala semiarrancada. Juré matarlo algún día.

En cierta forma lo hice, mucho tiempo después. La lechucita era un pichón pequeño y ceniciento con ojos gatunos. Dialogaría con el asqueroso.